

# La moral conservadora de Juan Pablo

**L**OS católicos progresistas de Europa se encuentran perplejos ante los discursos morales pronunciados por el Papa Wojtyła delante de las masas entusiastas de norteamericanos y de irlandeses que le aclamaron en su triunfal viaje. Y los no católicos se confirman —unos con alegría y otros con tristeza— en la idea de que la Iglesia oficial no cambia, sino que se mantiene en sus trece, atemorizando a las ingenuas y ciegas masas creyentes con sus rayos infernales.

Sin embargo, debemos analizar el hecho con mayor cuidado, buscando precedentes al mismo que aclararán más inteligentemente su sentido, y matizando lo que ha salido de sus labios de líder de masas.

Cuando dio el Papa Montini su viraje a la derecha con su explosiva e inesperada encíclica "Humanae Vitae", los episcopados de casi todo el mundo —la excepción más notada fue la de España— se apresuraron a ilustrar a sus fieles sobre el significado de este documento, de acuerdo con los inteligentes y antiguos principios generales de la moral católica, que son la

clave para interpretar cualquier consigna moral de detalle; y así quedó rebajada casi totalmente la dureza que parecían contener las palabras de aquel Papa.

Yo me aproveché de ello para atenuar las palabras literales del Papa Pablo VI acerca de un tema tan de actualidad como era entonces el del control de la natalidad y en particular el de la píldora anticonceptiva inventada poco antes por un médico católico norteamericano.

Es cierto que aquel Papa, que se había presentado como abierto al principio, no quiso dar ningún paso adelante desechando la nueva problemática moral que se planteaba ante la explosión demográfica que nos envolvía, y ante el nuevo fármaco regulador de la fecundidad, hasta entonces desconocido y que era limitador de los procesos genéticos naturales de la mujer.

Hoy ha ocurrido algo parecido con Juan Pablo II, aunque con un tono mucho menos dramático y angustioso que el empleado entonces por su predecesor Montini. El Papa polaco ha lanzado a las masas enardecidas de fervor religioso la severa consigna: no al control de natalidad por

medio de anticonceptivos, no a los nuevos conceptos del divorcio y del aborto entre los católicos progresistas.

Sin embargo, hagamos un esfuerzo por quitar a esos discursos el tono oratorio y casi demagógico que tienen, y procuremos hacer lo mismo que hicimos con la discutida encíclica de Montini sobre la regulación de la natalidad, interpretándola a la luz de los principios católicos de todos los tiempos, que deben regir el pensamiento de quienes no quieren dar un paso adelante, superando la moral llamada tradicional, que es solo producto del absolutismo que floreció crecientemente en la Iglesia católica durante la Edad Moderna.

El catolicismo en el siglo XVII nunca estuvo representado por Pascal con su rígido semijansenismo, sino por aquellos jesuitas del "casuismo" tan criticados por el mismo Pascal. Eran estos moralistas seguidores de la comprensión evangélica al inventar un método moral discutible teóricamente, pero de indudable tolerancia práctica al aplicar los más rígidos principios morales.







Del mismo modo que nuestra enseñanza católica estuvo representada también por el dominico español Bartolomé de Medina con su sistema moral del "probabilismo", difundido más tarde por los hijos de San Ignacio de Loyola, y el cual exoneraba la conciencia de los creyentes de las obligaciones concretas de carácter moral que fuesen dudosas o discutibles.

Y nada digamos del venerable Frassinetti, que en pleno puritano siglo XIX recordaba que "la experiencia demuestra que el libertinaje es mayor allí donde se predicaban doctrinas más severas". Lo mismo que enseñaba también el cardenal Goussset respecto a la Francia de entonces, en la que pasaba lo mismo que había ocurrido en siglos anteriores cuando florecieron los grandes predicadores como Bourdaloue, quienes atronaban los oídos de los libertinos cortesanos y cortesanas con sus prédicas flamantes de severidad. El resultado fue el contrario del que se esperaba: el ambiente de la corte que escuchaba al severo predicador y a los elegantes jansenistas no podía ser más libertino como reacción distensionadora de la ten-

sión producida por tan exageradas ideas.

Lo cierto es que en el catolicismo "los ministros de Dios, hombres de acción y de práctica, siempre se inclinaron por las opiniones benignas, dejando las severas a los hombres de bufete y de celda", según observaba el venerable santo italiano antes citado. Y el catolicismo es más la praxis que la teoría expuesta sin matices.

Las severas admoniciones del Papa actual hemos de interpretarlas por eso flexiblemente. Porque la conciencia moral es nuestra guía inmediata, como recordaron hace años los obispos de todo el mundo respecto al control de natalidad, poniendo a punto la "Humanae Vitae" de Pablo VI; nuestras circunstancias personales son el clima que decidirá en las encrucijadas morales en que nos encontramos, como dijeron todos los libros de moral católica, y la "naturaleza humana" es siempre nuestra referencia objetiva, como enseñó el inteligente filósofo del siglo XVI español, Francisco Suárez, "naturaleza humana" que no se conoce a través de las elucubraciones especulativas

de los moralistas desconectados de la vida, sino del conocimiento científico de lo que es el hombre. Conocimiento que sólo lo suministran, como dice el moralista católico padre Barnard Haering, las ciencias biológicas, sociales y antropológicas, y no los empolvados infolios de los escolásticos de sacristía.

Por eso, no nos asustemos demasiado ante la rigidez verbal de Juan Pablo II, porque la moral católica, llamada tradicional, ha sabido interpretar con apertura lo que en teoría parecía tan rígido. Y hemos de hacer un esfuerzo por entender así las cosas, aunque preferible hubiera sido un planteamiento más claramente renovador como corresponde al nivel cultural de nuestra época. ■

A la hora del aperitivo...  
La Ina. Un mundo frío, seco y aparte.

